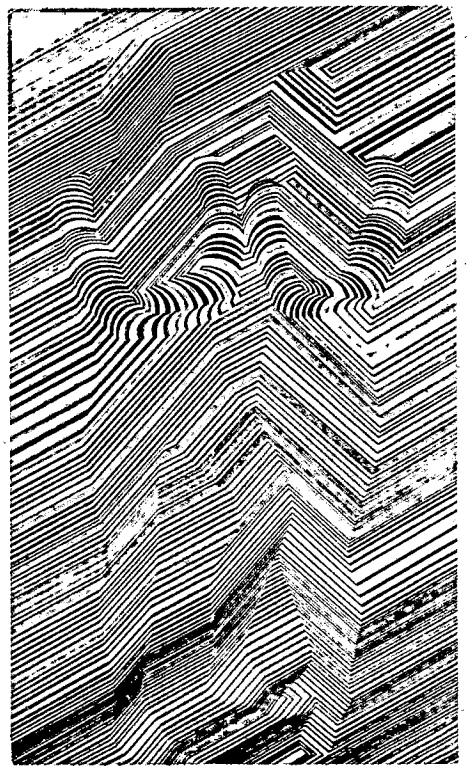
LA LIBERACION DE LA PAREJA

EL PROBLEMA DEL COMPROMISO EN UN MUNDO INESTABLE

MARITA KING



Cada día hay más evidencia de que el hombre moderno no quiere comprometerse, ni con la sociedad, ni con la familia, ni con el trabajo. El divorcio y el abandono del sacerdocio y de la vida religiosa se hacen cada vez más comunes; el hombre cambia su profesión así como su lugar de trabajo con creciente frecuencia; y con igual facilidad, cambia su compromiso político . O todo parece ser inestable, en una sociedad invertida, en la cual el revolucionario de ayer se ha convertido en el reaccionario de hoy, se convertirá en el héroe de mañana, los sargentos desplazan a los generales, los obreros a los del poder. Aún los que analizamos nuestra sociedad y buscamos una solución para el hombre, logramos compartir muchas ideas, pero cuando llega la hora de ponerlas en práctica, no obramos con convicción.

Los cristianos estamos todavía tratando de aceptar el hecho de un mundo inestable en vez de confrontarnos con esta realidad; en consecuencia casi no nos hemos planteado el problema del compromiso sino para justificar o condenar el divorcio, el control de la natalidad, etc. Antes de que se haga demasiado tarde, en un mundo anárquico que se precipita hacia dictaduras cada vez más represivas, nos urge preguntar: ¿Qué es lo que nos impide comprometernos hoy, cuando aparentemente el hombre lo pudo hacer ayer? ¿Cómo comprometernos en un mundo inestable? Y, sobretodo, ¿cómo hacerlo, sin apartarnos de esta realidad en una estructura paralela? Tal estructura, a los cristianos nos ha permitido a lo largo de los siglos, presentarnos como libres de los vicios del "mundo". Nos ha hecho fácil evitar las limitaciones del compromiso, y aparentemente nos ha liberado para un compromiso sin límites, con la multitud. Pero, ¿no habrá sido nuestro concepto del compromiso una ilusión romántica?.

Puesto que dentro de la relación básica de la pareja radican los problemas fundamentales del hombre en relación con su mundo, pondré un caso bastante típico de un cierto medio social con resonancias religiosas, de una pareja en crísis, para facilitar la reflexión sobre el problema del compromiso de hoy.

dueños, las mujeres a los hombres, y los jóvenes a los viejos.

Muchos añoran la estabilidad de ayer, cuando uno podía contar con algo, y sabía cómo debía pensar. Sintiéndose impotentes, estas personas miran hacia el pasado y tratan de reconstruírlo. Otros, mirando hacia el futuro, buscan el camino

SE COMPROMETIO PARA SIEMPRE

Miriam, una mujer del llano, a los diez y siete años, fue apurada a casarse con un joven a quien ella idealizaba, porque su padre tenía un desliz. Estaba más o menos feliz durante los primeros años de casada, aunque al volver a la realidad de la vida, descubrió que su esposo, José, no era el hombre de sus sueños; era el típico macho consentido: dominante, mujeriego. Al nacer su primer bebé, Miriam abandonó su esfuerzo de encontrar la felicidad con él, y volcó todo su afecto sobre el recién-nacido. Seguía dándole a José sus "derechos de esposo", pero como una muerta, totalmente ausente del acto de amor. Ya no le importaba si encontraba por ahí otras mujeres que lo recibieran con más calor, con tal que no las trajera a su casa.

A medida que ella se enfriaba, él se iba poniendo más celoso y dominante, tanto con los hijos como con ella, y los fines de semana se emborrachaba más que nunca. Con el paso de los años, la distancia entre ellos crecía, pues ella se hacía siempre más espiritual y culta mientras él se hacía más disoluto, como para contrariarla. Se dió cuenta de que lo que la retenía allí era un gran temor al divorcio y su dependencia económica. Con miras hacia un futuro trabajo se inscribió en el liceo nocturno.

Al empezar a manejar la idea de divorciarse, Miriam se aconsejaba por las hermanitas del colegio donde estudiaban sus hijos, las monjas más tradicionales le decían que debía seguir "cargando con la cruz", ya que se había comprometido de por vida. En cambio, las más modernas opinaban que aguantarse allí no tenía sentido, y más bien esta constante tirantez entre los dos hacía daño a los hijos.

Hace un año, Miriam se graduó de bachiller. Consiguió un buen trabajo, y

después de veinticuatro años de matrimonio, habiendo vencido sus escrúpulos frente al divorcio, y convencida de que José no cambiaría nunca, lo dejó.

SU COMPROMISO ERA ESTATICO

Existen casos parecidos a este en cualquier rincón de Venezuela, casi siempre donde la dichosa mujer virtuosa es víctima de un hombre aparentemente sin vergüenza pero a veces sucede que es el hombre bueno quien se ha cargado con una mujer que al parecer general no sirve para nada. Y siempre los amigos del "bueno" le aconsejaban lo mismo: o, sacrifícate o, sacrifíca-lo (la). Lo que tiene de común estos casos es que el uno, por lo visto, da y da y da, mientras el otro se hace más débil, y desarrolla una dependencia oculta sobre el fuerte.

¿Qué pasa aquí de verdad?

La tentación en este momento sería la de invertir los roles y hacer de José la víctima, porque se puede deducir que su conducta fue provocada por la frialdad de Miriam. Una salida fácil, pero injusta, pues aunque uno pueda encontrar razones para la conducta de José, también las hay para la de Miriam, y ambos se sentían defraudados. Pero ponernos a buscar estas razones no nos puede ayudar mientras nos limitemos a evaluar el caso a partir del punto de vista de la víctima, sea quien sea. Si sólo se diera esta situación en casos donde el uno tiene ideales y el otro aparentemente no los tiene, podría aparecer una cuestión de caracteres opuestos. Pero, ¿cómo explicaríamos entonces, el fenómeno de que entre dos personas con los mismos ideales se puede dar una relación parecida, de rechazo mutuo, con la diferencia de que cada uno hace como Miriam, y se carga con todo el peso de la relación, mientras siente como José, que es el otro el que no lo necesita?

Veamos primero cuál ha sido el origen de esta pareja, su punto de partida. Ambos crecieron en un mundo estable, donde no había sino una manera de evaluar la experiencia humana, y donde se podía determinar de antemano que iba a fracasar, y lo que iba a resultar exitoso, porque ya estaba decidido lo que era fracasar y lo que era vencer en la vida. Era un mundo donde el amor era circunstancial y no esencial, podía darse o no, pero las cosas no cambiaban- la autoridad era vertical, lo erótico era enemigo de lo espiritual, y la mujer era económicamente dependiente.

En tal mundo, más que tomar el compromiso con una persona, se lo tomaba con un estilo de vida. El varón prometía fidelidad, contando con su independencia, mientras que la mujer prometía obediencia, asegurando así su dependencia. Por esto, tomar y mantener un compromiso parecía depender de la buena voluntad de cada quien.

BAJO EL IMPULSO DEL ARREBATO

No se puede decir que Miriam se había enamorado de la persona de José, más bien se había lanzado a los brazos del hombre de sus sueños en un arrebato; de otra manera hubiera descubierto el amor con él. Digo que fue un arrebato porque el arrebato no tiene que ver con el otro sino con el estado de alma y cuerpo que él inspiró en uno. Es decir, estoy contenta con él, porque me hace sentir toda luminosa, con todos los sentidos despiertos, llena de posibilidades. Pero cuando descubro al "yo" del otro escondido detrás de su proyección, y él descubre el mío, y cuando surgen los problemas de la vida, que no estaban programados, la exaltación de ayer se olvida en la oscuridad de hoy. En este momento, ¿qué hago? ¿me retiro del juego? ¿Resisto su rechazo, o me abro al otro? Es decir, ¿busco cómo comunicarme con este otro que ahora se revela como realmente otro? No digo convertirlo, sino comunicar con él, hablar en la verdad.

La entrega de la mujer a su hombre en un estado emocional como la de Miriam cuando se casó, mientras la pareja no tome conciencia de su realidad, es preludio de su entrega frígida o del rechazo total al otro, cuando se agote la fuerza del arrebato. Miriam había aprendido a darse como obediencia al otro, lo mismo que recibía lo que los que tenían autoridad sobre ella querían darle, pasivamente, es decir, recibía del otro pero no al otro. Para ella, dar era lo mismo que vaciarse, sacrificarse, era como ser un instrumento siempre utilizado, llenado por el otro, por sus padres, por su compañero, por Dios. Logicamente, si uno se adapta a éste sistema de relacionarse, es porque en él descubre alguna ventaja. En el fondo se siente libre, porque salva su "yo", y no se deja tocar por el otro. He aquí el verdadero rico, creo yo; es el único que se empobrece, se sacrifica, en el dar. Por esto, en cuanto José le pedía un amor menos sublime, un acercamiento hacía él, la sacrificada Miriam se elevaba, más todavía.

En el fondo, probablemente tenía miedo de que él pensara que era erótica como él, una mujer manchada. Su mismo pudor hizo casi inevitable que Miriam se casara cuando la fuerza de su deseo ocultaba una confusión interior, su inseguridad de no ser amada por el hombre, su miedo de meter la pata, de no casarse, de no saber llenar los requisitos de una esposa, de ser una mujer frustada. Proyectaba una seguridad con José que no podía sentir, y José hacía lo mismo, pues en ambos había inculcado el temor y no el amor, la pureza propia (del supermacho, de la su-

perhembra) y no la apertura y la confianza, como base de la relación con el otro, y finalmente se hizo tarde para bajar la guardia.

En el momento del arrebato nos nace decir "te seré fiel para siempre, hasta la muerte, aún más allá de la muerte", y a la mayoría, nos parece que debe ser así, cuando uno ama de verdad. Se nos hace difícil entender las palabras de Jesús sobre el compromiso. Dice: no juren, no hagan votos, "digan sí cuando es sí, y no cuando es no". Nos suena tan seco este dicho, que solemos pensar que se limitó a decir esto porque el hombre era demasiado egoísta para hacer lo que debía: jurar fidelidad al otro para siempre. Así que llegamos a construir una larga ceremonia de compromiso para el que se casa, se ordena o se consagra. Pero Jesús sabía lo que decía, pues concluyó su consejo con esta explicación: "porque lo que se añade lo dicta el demonio". (Mt. 5,36-7) Por esto fue que, cuando su impulsivo y apasionado discípulo, Simón Pedro, le juró fidelidad absoluta, asegurándole que daría su vida antes de negarlo, Jesús sabía que hablaba como un arrebato y que no podía contar con él: al instante, predijo que Pedro le traicionaría, y así fue. Y todos los discípulos hicieron lo mismo, pero sólo Judas se huyó a sí mismo, y por consiguiente a Jesús; los otros, al comprender mejor sus propios corazones, y la real pobreza de Jesús, se conviertieron en amigos seguros y creyeron en la resurrección.

La mayoría de los hombres con cierta formación moral crecemos con la misma idea que tenía Miriam, de que si hacemos lo que debemos hacer (lo que nos manda "la autoridad"), recibiremos nuestro derechos. Era por esto mismo que Job peleó con Dios, porque después de poder todo, por ser tan bueno, de repente se encontró con las manos vacías, como si Dios le estuviera dando la espalda; por esto le acusó Yavé de serle injusto. Pero Yavé, comparándose con Leviatán, mostró a Job que el compromiso que hacía con el hombre no era como Job pensaba: ¿Acaso te hará súplicas y te hablará con timidez? ¿Se comprometerá contigo a contrato para servirle toda tu vida? ¿Te entre-

tendrá como un pajarillo, lo atarás para gozo de tus hijas?...." Y Job, comprendiendo por fin que no se podía sujetar la fuerza de la vida a su programación, exclamó: "Yo te conocía sólo de oídas, pero ahora te han visto mis ojos" (Job 41, 27-9; 42.6).

EL COMPROMISO DINAMICO SE HACE CON LAS MANOS VACIAS

De un compromiso estático, como el de Miriam y José, hemos visto que cada día se hace más fácil llegar al no-compromiso. Es sólo cuestión de invertir el orden de las cosas. Por ende, nuestra pregunta no debe ser, ¿cómo escapar enteros de tal comprimso? sino, ¿dinamizarlo?.

Supongamos que Miriam no hubiera sido confirmada en su individualismo, tanto por las que la aconsejaban sacrificarse como por las que pensaban mejor divorciarse. Supongamos que, haciéndole ver que estaba queriendo tomar una decisión de la pareja unilateralmente, que de hecho ya la había tomado, hubiesen planteado los problemas que surgen para el hombre tanto como para la mujer en una sociedad estática porque dividida por un doble criterio moral. Supongamos que Miriam no llegara, por lo tanto, a la temblorosa convicción de su superioridad moral, la cual le permitía imponer las condiciones de la relación, sino comprender que le ponía en una situación de impotencia psicológica su estado de dependencia. Entonces hubiera buscado, como hacen muchas, educarse y hacerse económicamente independiente, no para liberarse del hombre, sino para entrar en una relación más justa con él.

Lo cual podría asímismo conllevar a una ruptura. No se puede suponer que no le costaría al otro, aceptar la independencia de la mujer mientras sintiera que su propia independencia reposaba sobre su dependencia. Pero no sería una ruptura creativa, que nace de una toma de posiciones, y que permite el diálogo; no sería la violencia puritana de Miriam que trató de anular al otro. Lo único que rompe el verticalismo en la relación, estoy convencida, es el amor, primero de todo a sí mismo, es decir, la humildad -una buena memoria de la propia pobreza-. Pues, ¿cómo darse al otro, si uno no se acepta, se reprime, y no se confiesa su necesidad al otro?

El que se da desinteresadamente, se pone a la merced del otro; por esto nunca es víctima, siempre es deudor. Es sólo el que cobra, quien luego encuentra excusas para no pagar; quiere ser necesario, pero no necesitado, deudor. Como los discípulos de Jesús antes de la resurrección, cuando cuestionaron a la mujer que lo ungió, el que cobra por lo que da, pone en el balance, el amor a la persona, y el amor al pueblo, como si darle todo al uno fuera quitarle algo al otro, o, como pensamos muchos religiosos, como si fuera a quitarle algo a Dios. El que ama, cuando da, no pide una garantía de que el otro vaya a gastar bien lo que le da, no exige garantía de que él le vaya a respaldar cuando las cosas se vuelvan difíciles. Sabe que puede perder todo, pero se arriesga. Por esto, cuando el otro le correponde, es motivo de una gran celebración. Como en el caso que cuenta Jesús del padre que sale al encuentro del hijo pródijo, o como cuando el mismo Jesús sale de su lugar prescrito por las constumbres de su pueblo, para recibir los signos efectivos del amor desbordante de la mujer que lo ungió. Esta descubrió el tesoro sin precio porque su corazón no conocía división. Tan grande fue lo que hizo que Jesús dijo que tenía importancia en el anuncio de la Buena Nueva. Un amor sin fronteras está abierto a la Buena Nueva y es la Buena Nueva.

¿COMO COMPROMETERNOS EN UN MUNDO INESTABLE, SIN BAJARNOS DE EL?

Unos años atrás, se presentó en New York una comedía llamada "Paren al mundo, Quiero bajarme". Me parece un título acertadísimo, que expresa los dos polos negativos entre los cuales la gran parte de la humanidad parecemos estar presos.

Paren al mundo

Sentimos que el mundo esta corriendo a la loca, en una dirección que nos esta destruyendo, y queremos hacer algo para evitar este desastre. Sentimos al opresor fuera de nosotros, porque sabemos que no es por la voluntad propia que somos reprimidos. Depende de la identidad que doy a este opresor, el lado que tomo en esta lucha para encaminar a la humanidad, a mi humanidad, hacia donde yo quiero. O quiero imponer el orden del status quo, o quiero destruir al status quo para imponer otro orden. En ambos casos admito la violencia, porque creo en el poder. En el fondo, es la tésis de la víctima.

Quiero bajarme

Cuando vemos que lo único que hacemos en esta lucha para encontrarnos con la vida es quemarnos -"todo el mundo habla tanto pero a la hora de la verdad, nadie se compromete"- entonces nos entra un deseo casi impulsivo de bajar de este mundo. Antes de que nos victimicen, nos victimicemos a nosotros mismos. De ahí, las drogas, los grupos de encuentro, la meditación transcendental, la euforia carismática. De ahí, también la creación de un mundo ideal donde cada quien se pone al servicio de él.

Cuando nos sentimos fuertes, queremos combatir al que nos reprime, reprimiéndolo si no lo podemos convertir, como lo hizo Miriam con José. Entre ellos se daba una lucha para el poder, y Miriam, siendo la más fuerte, logró desplazar a José. Cuando nos vemos agotados, negamos de todo al que nos hace sentir nuestra pobreza; decimos, como José, "no haré nada porque este algo que haga puede servir a la causa del enemigo". El se lo pasaba en la calle, y colaboró con su propio desplazamiento de su hogar. Al exigir todo al fuerte, le damos a éste todo el poder.

En el centro de este sube -y- baja está el problema de la indentidad, que mantiene a la pareja en tal relación parasitaria, y es el mayor obstáculo al compromiso dinámico. Para el hombre, la mujer ha significado su propiedad; para la mujer el hombre ha significado su destino (esta misma identificación mútua se da en la relación del individuo con el grupo, o de un grupo con otro, mientras el uno esté subordinado al otro), y ni el uno ni el otro encuentra cómo salir de la identificación que se ha dado entre ellos, sin destruir la relación. De ahí, la sacralización del verticalismo y del propietario, quien en nombre de Dios, pide al que se deja guiar por él, un entrega incondicional -es decir, donde sólo él pone las condiciones-. Con hacer virtud de esta identificación en la obediencia, se impide al subordinado pensar sino a partir de los intereses del padre/patrón, y le quita el poder de ser.

Si las estructuras de ayer fueran estables, es porque el hombre o grupo todopoderoso, con hacer a la mujer y al trabajador, su propiedad, conquistó todo el espacio para él; cada uno sabía cuál era su lugar dentro de esta estructura que cobró un carácter divino. Lo que es esencial para mantener esta estructura es hacer que cada quien colabore con ella sin darse cuenta de que la represión que experimenta depende de esta misma colaboración, porque el día que no colabore, el dichoso poderoso tiene que enseñar su verdadera cara. Así que ataca al sujeto en el centro de su poder sexual, porque lo divide, y le quita su poder de amar.

Esta relación propietaria es una relación esencialmente económica, y por esto el que quiere dominar crea en el subordinado un pudor grande fuerte al dinero. A la mujer, el hombre le hace sentir que su deseo de ganar su propia plata es abandonar al esposo, a los hijos, el deber; es dejar de ser mujer. A los empleados de una empresa o a miembros de un grupo, los superiores les hacen sentir como unos desconfiados alzándose contra el bien común, por avaros, cuando tratan de entrar plenamente en las decisiones económicas que les afectan. Con hacer del dinero algo vergonzante, se le quita al dependiente el puente hacia el otro, se le quita su poder de dar.

La dependencia económica del más débil es el arma más fuerte que el hom-

bre, la institución, maneja para asegurar la identificación de este otro con sus fines. Siempre es aquí donde se tranca el proceso de la liberación. Si los interesados no están dispuestos a arriesgar la seguridad económica que se logra en esta relación de dependencia, es inevitable que se vuelvan a su punto de partida. El plan más ideal, que asegura a cada participante aún más de lo que necesite para vivir, pero hace que su bienestar dependa de su fidelidad al coordinador del plan, no busca darle al dependiente el poder de cambiar la relación y crecer en ella. No es tanto cuestión de cuánto y cómo; es cuestión del uno ser el propietario, y el otro su propiedad.

En tal, estructura, sólo puede haber malos y buenos, los límpios y los impuros; comprometerse con ella, es comprometerse con la división del hombre. En vez de dejar que el compromiso nos vaya limitando por el camino, lo limitamos en el punto de partida. El que mejor colabora con el propietario es el que despoja a sí mismo, el que se hace víctima. ¿No será ésta la razón por la que los cristianos nos descubrimos a través de los siglos más bien al lado del poder, y no al lado del pueblo?

DICE SI CUANDO ES SI, Y NO CUANDO ES NO

El compromiso dinámico con la vida no es con un ideal ni mucho menos con una institución; es un compromiso con una persona, con un grupo de personas, pero que no comienza ni termina en aquella persona o grupo de personas. Hoy tanto como ayer, es un camino difícil de caminar; en el punto de partida está la humildad, la conciencia de la propia pobreza, que nos abre a la dialéctica productiva. Nuestra tarea es de buscar sin cesar, cambiar a la relación y no al puesto, con el que domina. Es comprometernos con el proceso de crecimiento que nos permite asumir responsabilidad por las decisiones que nos afectan. Es salir de una relación basada en el miedo para encontrarnos con el otro en la verdad.

En un proceso mutuamente amenazante porque supone dejar las armas de la conquista y de la seducción, y cambiar la fe en el poder por una fe en el amor. Pero el que se arriesga, descubre la verdadera amistad con el hombre, porque confiesa su necesidad de él. Necesita aceptar a este otro que le huye porque esto lo libera del idealismo. Necesita del que lo acoge, porque sentirse aceptado lo libera de su soledad, y lo impulsa a compartir la vida con los demás. Ya no busca la relación con el otro en base de interes, de contratos, de juramentos y testamentos "para siempre"; sabe lo que quiere. lo que le es importante, y dice sí cuando es sí, y no cuando es no. ▫

PADRE PADRONE

EL SILENCIO COMO FORMA DE OPRESION

JOSE IGNACIO REY

La película de los hermanos Taviani, recientemente estrenada en Caracas en un cine de arte y ensayo, es una verdera obra maestra de artesanía cinematográfica, inteligente , sugestiva, fascinante, excepcional. "Padre Padrone" es una película para ver y volver a ver. Difícil de comentar. Palma de Oro en el festival de Cannes de 1977 y Primer Premio de la Crítica Internacional. Calificada en los días de su estreno mundial por el "Washington Post" "la mejor película europea de los últimos veinte años" y por "Le Monde" como "una monumental obra de arte ". Inexplicablemente marginada, hasta ahora y todavía ahora, de nuestras salas comerciales de exhibición.

"Padre Padrone" nos narra la historia real y contemporánea de Gavino Ledda, pequeño pastor de la isla mediterránea de Cerdeña, tras veinte años de silencio y de sometimiento a un severo régimen patriarcal, logra por fin a través de la conquista del lenguaje acceder al mundo de la cultura y a través de la cultura al mundo de la dignidad y de la libertad. Libertad siempre problemática, pero libertad a fin de cuentas.

Paolo y Vittorio Taviani logran una síntesis genial de realidad y ficción, de documento y de interpretación del documento. Gavino Ledda pasa así a ser símbolo sin dejar en ningún momento de ser realidad. Símbolo que representa a tantos otros niños pastores de la misma isla de Cerdeña. Símbolo que evoca la permanencia de un sistema patriarcal de producción y de vida de nuestros días y en muchas partes. Símbolo, sobre todo, de todos los seres humanos que de una u otra forma se ven obligados en el mundo a vivir en posición subalterna. La imposibilidad de comunicación libre es válida para toda aquella parte de la humanidad que vive alineada, separada, arrojada, sin llegar nunca a dominar los códigos por los que se rige la sociedad misma. De esta manera Cerdeña, sin dejar en ningún momento de ser Cerdeña, queda convertida por dos horas en escenario del drama universal de la opresión humana.

Esta opresión, real y a la vez simbólica, tiene en "Padre Padrone" un tratamiento absolutamente no convencional. Es preciso insistir en la importancia que tiene la constante referencia al silencio y al lenguaje, independientemente de su inscripción en el contexto de la realidad Sarda. Silencio y lenguaje entendidos no como un hecho formal externo, sino como el modo de ser un hombre, con, contra o en favor de otros hombres. El hombre no existe y no se identifica sino por su capacidad de dominar el lenguaje y de comunicarse con los demás. Por eso el silencio del protagonista en la película es efecto y además causa de su situación de oprimido. Por eso también su rebelión y ruptura, para llegar a ser eficaz, va a implicar de hecho una reapropiación cultural que pasa prioritariamente por la reapropiación de la palabra del lenguaje y de los códigos. La posibilidad de una comunicación efectiva como medio de identificación y de libertad es ciertamente elemento fundamental en el planteamiento temático de la película que comentamos.

Tanto o más original que el planteamiento temático de la película es su planteamiento formal, si bien ambos planteamientos guardan entre sí una perfecta coherencia. No es posible entrar aquí en el análisis exhaustivo del planteamiento y de la realización formales de la película de los Taviani. Nos limitaremos a esbozar algunos apuntes.

Llama poderosamente la atención el afán de los hermanos Taviani por mantener al espectador cerca y lejos de lo que se narra, haciéndole cabalgar constantemente con la imaginación entre la realidad y el símbolo.

La abundancia de planos horizontales en la película parece querer hacer recordar al espectador que lo que tiene delante es siempre una escena de teatro, algo sobre lo que tiene obligación de reflexionar. Lo que se narra es real, pero la realidad transciende a lo que se narra.

A ese distanciamiento del espectador con relación a lo narrado contribuye también grandemente la utilización en el film de una pedagogía bastante brechtiana. Las ovejas hablan, los niños piensan en voz alta, el padre adivina los sueños de su hijo, aquellos hombres hablan sardo pero el espectador los escucha en italiano, el rostro del padre se transforma en el rostro